

Armonía entre fe y razón en la vida y en los escritos del Dr. José Gregorio Hernández Cisneros (1864-1919)

Jorge Ghazal, SDB¹

Resumen: José Gregorio Hernández fue un hombre de ciencia, pero también un decidido hombre de fe. Fue un vigoroso defensor de la Iglesia en todos los ámbitos, principalmente en el ambiente universitario, que en aquella época era extremadamente hostil a la fe católica, ya que el ambiente estaba cargado de las ideas positivistas y materialistas. Contraponerse a la corriente positivista era exhibirse como un retrógrado digno de compasión. Se consideraba un contrasentido que un intelectual hiciera profesión de la fe cristiana. Con todo, el Dr. Hernández se las ingeniaba para transmitir los principios de la fe católica a sus alumnos. Cada vez que daba una explicación de anatomía y fisiología humana, concluía siempre haciendo una reflexión sobre las maravillas del organismo humano, considerándola como la obra más perfecta de Dios. Para él, todo tenía sentido y fundamento en la persona de Jesucristo.

Palabras clave: Filosofía cristiana, concepción holística de la realidad, ciencia, justicia, paz

Abstract: José Gregorio Hernández was a man of science, but also a determined man of faith. He was a vigorous defender of the Church in all areas, mainly in the university environment, which at that time was extremely hostile to the Catholic faith, since the environment was charged with positivist and materialist ideas. To oppose the positivist current was to exhibit oneself as a retrograde worthy of compassion. It was considered a contradiction for an intellectual to profess the Christian faith. However, Dr. Hernández managed to transmit the principles of the Catholic faith to his students. Every time he gave an explanation of human anatomy and physiology, he always concluded by making a reflection on the wonders of the human organism, considering it as the most perfect work of God. For him, everything had meaning and foundation in the person of Jesus Christ.

Keywords: Christian Philosophy, Holistic Conception of Reality, Science, Justice, Peace.

1 Profesor de Teología Espiritual en el Postgrado del ITER.

Introducción

Vivimos en un mundo caracterizado por los cambios profundos y acelerados en todos los niveles y dimensiones de la existencia y de las relaciones humanas. Gran parte de estos cambios se producen por el progreso de la ciencia y la tecnología. Después del giro copernicano, la ciencia se ha desarrollado con cierta *autonomía* que ha contribuido, por una parte, a su desarrollo vertiginoso, logrando el progreso y la mejora de la calidad de vida del ser humano, pero, por otra, ha introducido al hombre en una *crisis de sentido*. Enrocado en su autosuficiencia el hombre ha creído que la trascendencia y todo lo referente a su dimensión espiritual es mera superstición porque, según él, no son *verdades* que puedan ser comprobadas empíricamente². Es la crisis de la verdad de la que la Iglesia ha alertado en diversos modos, especialmente desde el Concilio Vaticano II. El papa Juan Pablo II en la encíclica *Fides et Ratio* argumenta:

Los puntos de vista, a menudo de carácter científico, sobre la vida y sobre el mundo se han multiplicado de tal forma que podemos constatar cómo se produce el fenómeno de la fragmentariedad del saber. Precisamente esto hace difícil y a menudo vana la búsqueda de un sentido. Y, lo que es aún más dramático, en medio de esta barahúnda de datos y de hechos entre los que se vive y que parecen formar la trama misma de la existencia, muchos se preguntan si todavía tiene sentido plantearse la cuestión del sentido. La pluralidad de las teorías que se disputan la respuesta, o los diversos modos de ver y de

2 Esta es la postura del *cientificismo*: Corriente filosófica que no admite como válidas otras formas de conocimiento que no sean las propias de las ciencias positivas, relegando al ámbito de la mera imaginación tanto el conocimiento religioso y teológico, como el saber ético y estético. En el pasado, esta misma idea se expresaba en el positivismo y en el neopositivismo, que consideraban sin sentido las afirmaciones de carácter metafísico. La crítica epistemológica ha desacreditado esta postura, que, no obstante, vuelve a surgir bajo la nueva forma del *cientificismo*. En esta perspectiva, los valores quedan relegados a meros productos de la emotividad. Cuenta solo lo puro y simplemente fáctico.

interpretar el mundo y la vida del hombre, no hacen más que agudizar esta duda radical, que fácilmente desemboca en un estado de escepticismo y de indiferencia.³

La Iglesia católica siempre ha alertado del peligro que suscita una fe aislada de la razón, porque es claro que una fe vivida en ese modo suscita fanatismos perniciosos para la humanidad; también reconoce el valor y los logros de la razón humana, pero asumiéndola en relación armónica con la fe, porque una *razón* sin fe lleva al hombre a ir en contra de su propia esencia, lo puede llevar incluso a la pérdida del sentido de la vida y a alejarlo de su auténtico camino, como ser llamado a vivir la plenitud y la felicidad.

Ante esta realidad dramática que vive la humanidad en los actuales momentos, sumada, entre otras, a la situación de pandemia y de desastre ecológico global, parece pertinente el estudio y reflexión de la experiencia espiritual cristiana vivida por el científico, médico y docente venezolano del siglo XX, el Dr. José Gregorio Hernández: el médico de los pobres. Su vida es testimonio de que la razón humana iluminada por la fe produce muchos frutos de vida, y además manifiesta que la vida en Jesucristo lleva al hombre a descubrirse a sí mismo y a satisfacer ese deseo de plenitud y sentido que solo en Dios se puede alcanzar. La ocasión de este estudio es muy significativa desde el contexto de la situación de crisis política, social, económica y moral en que se encuentra sumergida la actual Venezuela. Desde ese contexto, la vida y obra del Dr. José Gregorio Hernández resalta como testimonio de vida para toda persona humana, en particular, al hombre de ciencia, al médico, al docente, al ciudadano que, en las circunstancias actuales, necesita de un estímulo para seguir adelante en la vida, mirando al futuro con esperanza para poder reconstruir y transformar el país.

3 Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, carta encíclica a los obispos de la Iglesia Católica sobre las relaciones entre fe y razón (14 de septiembre 1998), en *AAS* 91, No. 81,

La reflexión sobre la vida y los escritos del Dr. Hernández quiere hacer ver cómo el ejercicio honesto, sincero y responsable de la ciencia puede convertirse en medio eficaz de apostolado e instrumento de realización auténtica de la propia vocación. La síntesis existencial vivida por José Gregorio constituye un estímulo para todos los jóvenes venezolanos que desean trabajar por el Reino de Dios desde la propia realización personal de una vida basada en el estudio y en el ejercicio de la ciencia.

En una primera parte se describirá la experiencia de lo vivido por el Dr. Hernández en su contexto vital, analizando y contextualizando también su pensamiento manifestado en sus obras escritas. En el segundo parte se realizará una lectura hermenéutica y teológica tanto de los escritos del Santo como de estudios específicos sobre su figura. Se leerán desde el prisma de lectura del binomio fe-razón y se confrontarán con la referencia veritativa que ofrece la interpretación auténtica del Magisterio de la Iglesia.

I. José Gregorio Hernández, testimonio de la armonía entre fe y ciencia

1.1. Contexto histórico

Son grandes los cambios que se produjeron en el mundo a finales del siglo XIX y principio del siglo XX en todos los ámbitos del quehacer humano: político, social, económico, demográfico y científico. Los avances de las ciencias naturales y de la técnica llevaron a una visión optimista de la ilimitada capacidad humana para dominar el mundo. El ateísmo ganó fuerza con el surgimiento no sólo del positivismo, sino también del nihilismo. La Iglesia católica vivió una profunda crisis porque sintió el peligro del modernismo y fue perdiendo el *poder* político; en este contexto se publicó la encíclica *Syllabus* y se celebró el *Concilio Vaticano I*.

A principios del siglo XX dominaban las potencias europeas y se vivían tensiones políticas, sociales y económicas que traerían como consecuencia la *Primera Guerra Mundial* que comenzó en 1914 y terminó oficialmente el 28 de junio de 1919, un día antes de la muerte del Dr. José Gregorio Hernández.

José Gregorio nació en el contexto de una Venezuela golpeada por las guerras civiles, en donde la pobreza y las condiciones de salubridad eran precarias; el atraso a todo nivel era patente; la mayoría de las personas vivían en las zonas rurales y la miseria se extendía por casi todo el territorio de la recién nacida república.

1.2. Una vida moldeada por la fe, la búsqueda del saber y del progreso

1.2.1. La fe, el amor y el trabajo honrado fundamento de la familia

Sus padres, por los conflictos bélicos, tuvieron que huir de su tierra de origen en la zona llanera del país, y terminaron ubicándose en Isnotú, a los *pies* de la cordillera de Los Andes. Allí nació y fue bautizado. Sus padres humildes y trabajadores le educaron y acompañaron en su crecimiento. De su madre aprendió a amar a Dios y al prójimo, de su padre aprendió a obedecer, ser respetuoso con el prójimo y a comprender que, con la disciplina y el trabajo esmerado, se logran superar las dificultades para seguir siempre hacia adelante en el desarrollo de la propia vida. Acerca de su mamá escribió una vez: “Mi madre que me amaba, desde la cuna me enseñó la virtud, me crió en la ciencia de Dios y me puso de guía la santa caridad”.⁴ La tía María Luisa ayudaba en las labores del hogar, contribuía en la formación moral, religiosa e intelectual del niño José Gregorio y de sus hermanos. Le enseñaba a reflexionar sobre el hombre, la creación y Dios, sus deberes y ubicación en el mundo. Solía decirle: “Basta dirigir la mirada al firmamento, o a cualquiera de las maravillas de la creación y contemplar un instante los infinitos bienes

4 Cf. *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 5.

y comodidades que nos ofrece la tierra, para concebir, desde luego, la sabiduría y la grandeza de Dios y todo lo que debemos a su amor, a su bondad y a su misericordia”.⁵

1.2.2. Un acontecimiento clave

A los 8 años sufre la muerte prematura de su madre, a quien siempre recordará, sobre todo por la experiencia del amor de Dios que sintió a través de su persona. Su madre le había enseñado a amar a Dios, y en Él al prójimo. A medida que fueron pasando los días, la ausencia de la madre fue perforando estratos más profundos de dolor en el corazón de José Gregorio, pero lo hará crecer por dentro. Parte de su personalidad se hará de golpe adulta. Rezará por su madre todas las noches, con una fe y una fuerza impropias de su edad.⁶

A partir de la muerte de su madre, José Gregorio comenzó a recibir los cuidados de su tía María Luisa, quien le instruyó en nociones elementales de matemáticas y lo preparó para el catecismo.

1.2.3. Inquietud por la formación y actualización científica

A los nueve años, José Gregorio fue inscrito en la única escuela privada de Isnotú, quedando bajo la tutela de su primer maestro, el Sr. Pedro Celestino Sánchez. Desde el primer momento que se encontró con el niño, el maestro apreció sus grandes deseos de aprender, de estudiar, que dejaba claro una bullente inteligencia, muestra evidente de un talento especial que debía ser aprovechado.

Su padre lo envía a estudiar a la ciudad capital a la edad de 14 años; allí comienza su formación orientada a lograr el título de médico, porque así su padre se lo había sugerido, haciéndole ver la gran necesidad que había en el país de buenos médicos para curar enfermos y salvar vidas.

5 M. Yáber, *José Gregorio Hernández* (Caracas: Ediciones Trípode, 2009), 23.

6 Cf. F. J. Duplá y Á. Capriles, *Se llamaba José Gregorio Hernández* (Caracas: Abediciones, 2018), 42.

1.2.4. Proceso de formación del hombre de ciencia

En 1882 concluyó en forma excelente sus estudios de Bachillerato, consiguiendo el título de Bachiller en Filosofía.

Pasados los seis años de estudio de medicina en la Universidad Central, el 29 de junio de 1888 presentó el examen oral para optar por el título de Doctor. Fueron tan brillantes y lúcidas sus respuestas que el jurado no deliberó y el secretario emocionado exclamó: “aprobado y sobresaliente por unanimidad”. Inmediatamente, el Rector, intuyendo el aporte que el nuevo doctor traería a la ciencia y a la nación, exclamó: “Venezuela y la medicina esperan mucho de usted”.⁷

1.3. Científico progresista y con sensibilidad humana

Apenas graduado recibió una oferta económica del Dr. Dominici para que montara su consultorio en Caracas, pero José Gregorio rechazó y agradeció esa noble propuesta con estas palabras:

Cómo le agradezco su gesto Dr. Dominici, pero debo decirle que mi puesto no está aquí. Debo marcharme a mi pueblo. En Isnotú no hay médicos y mi puesto está allí, allí donde un día mi propia madre me pidió que volviera para que aliviara los dolores de las gentes humildes de nuestra tierra. Ahora que soy médico, me doy cuenta de que mi puesto está allí, entre los míos.⁸

En una carta enviada a su amigo Santos Dominici describe cómo era su experiencia en el ejercicio de la medicina por esas zonas rurales:

Mis enfermos todos se me han puesto buenos, aunque es tan difícil curar a la gente de aquí, porque hay que luchar con las preocupaciones y ridiculeces que tienen arraigadas: creen en el daño, en las gallinas y vacas negras, en los remedios que se hacen

⁷ Cf. *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 9.

⁸ Yáber, *José Gregorio Hernández*, 33.

dicendo palabras misteriosas: en suma, yo nunca imaginaba que estuviéramos tan atrasados por estos países (...) La botica es pésima; suponte que el boticario es un aficionado solamente y que me dice: “Nosotros los médicos”, porque a más de ser aficionado a la farmacia lo es también a la medicina, y la primer vez que habló conmigo me aturdió con un tecnicismo indigesto y estúpido; me contó que curaba la disentería con cinco gramos de quinina al día.⁹

1.3.1. Profesional al servicio del progreso y del bien común

José Gregorio estaba convencido de que su país necesitaba modernizarse desde el punto de vista científico y que se necesitaba una infraestructura de servicios sanitarios para mejorar la vida de los venezolanos. Pensaba que para lograr esa meta debía adquirir un conocimiento y experiencia que Venezuela no podía ofrecerle. Por eso se propone ahorrar todo el dinero que pudiera ganar para poder financiar sus estudios en Europa.

Poco tiempo después, debido a su excelente desempeño cuando era estudiante, recibe una propuesta de parte de la Presidencia de la República para realizar una especialización en París, esto con la intención de llevar adelante un proyecto de renovación de la medicina en el país. Acepta el reto y logra la especialización.

Una experiencia narrada por muchos de sus biógrafos¹⁰ muestra la personalidad y el dominio de sí mismo que tenía el Dr. Hernández. Como sólo participaba con sus compañeros en la celebración de fiestas patrias, ellos quisieron tenderle una trampa durante una de esas celebraciones. Le cursaron una invitación para un baile de medianoche, prometiéndole ser muy formales. José Gregorio asistió, viéndose sorprendido por la presencia de las mujeres más relajadas de París. Los compañeros habían hablado con una de ellas para que se acercara a

9 J. G. Hernández, *Obras completas* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1968), 1121.

10 Testigos de este hecho son los doctores Luis Razetti y Acosta Ortiz, quienes participaron en la *broma*.

él y lo sedujera. Aprovechando la ocasión precisa lo dejaron sólo con la dama, pensando que con semejante *maestra* sería imposible no caer. Sin inmutarse, el joven Hernández se quedó charlando con la mujer. Quizás pensando en su madre, o en la dignidad de la mujer, conversó largamente con ella. La charla debió ser tan importante que la joven, al encontrarse con los compañeros que organizaron el complot, les dijo con indignación y entre lágrimas: “¡Ustedes son unos bandidos! ¡Por burla me han dejado con un verdadero santo! ¡Estoy arrepentida de mi vida de pecado! ¡Si supieran las cosas que me ha dicho ese hombre!”¹¹.

Pensando en el proyecto de modernización, el Dr. Hernández, solicitó y obtuvo el permiso del gobierno para adquirir un laboratorio con idénticas condiciones, en cuanto a equipos e instrumentos, al que se encontraba en la Universidad de la Sorbona de París.

Después de dos años de estudios en Francia, Alemania y España, regresó a Caracas y se dedicó a la instalación del Laboratorio de Fisiología Experimental en la Universidad Central de Venezuela. Tan pronto hubo culminado este trabajo, fueron establecidos en dicha casa de estudios las cátedras de Fisiología Experimental, Histología Normal y Patológica y Bacteriología, iniciando así la etapa verdaderamente científica de la medicina venezolana.

1.3.2. Docente ejemplar

Una vez de vuelta al país inicia el proceso de actualización y comienza a dar clases en la Universidad Central, donde inauguró cuatro nuevas cátedras para la enseñanza de la medicina moderna, además de inaugurar y llevar adelante el laboratorio de medicina experimental.

11 Cf. Yáber, *José Gregorio Hernández*, 42.

Junto con otros médicos brillantes de la época, entre ellos el Dr. Luis Razetti, comenzó el proceso de renovación de la medicina experimental en Venezuela. El Dr. Hernández ayudó en la formación de la generación de relevo. A partir de allí, comienza una etapa de gran desarrollo científico en Venezuela.

El 5 de noviembre de 1891 fue nombrado catedrático de las materias Histología, Patológica, Bacteriología y Fisiología Experimental, y director del Laboratorio de la Universidad Central de Venezuela.

Con el Dr. Hernández comenzó la verdadera docencia científica y pedagógica, a base de lecciones explicativas, con observación de los fenómenos vitales, la experimentación sistematizada, prácticas de vivisección y pruebas de laboratorio.¹² Poseía las dos cualidades básicas para ejercer la docencia, por un lado, ser poseedor de los conocimientos adecuados, y por otro, saber transmitirlos. Dictaba sus clases con puntualidad. Sus clases eran no sólo amenas, sino que pedían gran atención y suscitaban la reflexión. Como auténtico docente, José Gregorio, se esforzaba por preparar, enseñar y transmitir, sin reserva alguna, todo el acervo de sus conocimientos a sus discípulos. Los discípulos amaban a su maestro, por su integridad y rectitud como persona, además de valorar el inmenso bagaje de sus conocimientos y su pedagogía.

No se limitaba a enseñar en las horas establecidas por el reglamento, ya que también acostumbraba a dar lecciones privadas a los alumnos menos aventajados o con dificultades para el aprendizaje. Su preocupación era enseñar más con la vida que con la palabra.¹³

12 Cf. G. Medina A., *José Gregorio Hernández hombre de ciencia, hombre de fe* (Caracas: Gonzalo Medina A., 2018), 45.

13 Cf. *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 11.

El Dr. Hernández era un lector incansable, siempre estaba pendiente de actualizar sus conocimientos en todas las áreas de la cultura, especialmente de la ciencia. Se preocupaba de adquirir los insumos necesarios para mantener los laboratorios actualizados y bien dotados para las prácticas experimentales.

La otra opinión es del ilustre profesor Dr. Luis Razetti:

No obstante que el Dr. Hernández y yo pertenecemos a escuelas filosóficas diametralmente opuestas, una sincera amistad nos ha unido siempre, y yo me he complacido en toda época en proclamar los indiscutibles méritos que posee como profesor, como hombre de ciencia y como ciudadano de conducta inmaculada; en la presente ocasión, mi aplauso puede extrañar a las almas inferiores, a las que el fanatismo oscurece, hasta el punto de no conceder a los materialistas ni un solo sentimiento noble, pero el Dr. Hernández, que posee un concepto más elevado de la honorabilidad, no verá en estas líneas sino un tributo de justicia y una débil manifestación del aprecio en que siempre le he tenido.¹⁴

1.3.3. Médico de los pobres

José Gregorio ejerció su profesión de médico con igual pasión y ferviente devoción por espacio de 31 años, incluso, hasta el día de su muerte. Para él, ser médico era un apostolado.

Los hospitales para la época eran más bien casas de caridad, no existía lo que hoy se conoce como medicina institucional. Por esta razón los pacientes o eran visitados por el médico en su propia casa o en el domicilio del médico donde se realizaba la consulta.

14 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 61.

Al llegar de Europa se instaló en la misma casita ubicada en la Pastora; como lo había hecho recién graduado, allí mismo instaló su consultorio.

Atendía a sus pacientes en un riguroso y estricto horario. A pasos ligeros y menudos recorría casi toda Caracas atendiendo a pacientes pobres y ricos; primero los que estaban más graves y después el resto de sus enfermos. Diariamente visitaba el Hospital Vargas y atendía la consulta de varios asilos. Nunca usaba maletín médico, sólo llevaba un termómetro y un reloj para hacer registro de las pulsaciones.

Ejercitó la profesión de médico con suma diligencia, sabiendo administrar muy bien su tiempo durante toda la jornada. Tenía una estricta disciplina para poder integrar las diferentes facetas de su quehacer diario: oración, misa, estudio cotidiano, preparación de sus clases, las visitas domiciliarias, su consulta médica y sus clases en la universidad.

Con el pasar del tiempo fue aumentando su prestigio y fama. De hecho, además del perfecto conocimiento de la ciencia médica, poseía la envidiable capacidad de hacerse amar. Habiéndose podido suscitar celos o envidias por parte de sus colegas, debido a sus cualidades y éxitos, sin embargo, sucedía todo lo contrario, porque era amado y estimado por la mayoría de ellos. De parte suya, siempre mostraba respeto por todos y buscaba siempre exaltar las cualidades de sus colegas.¹⁵

Atendía íntegramente al enfermo, dándole incluso consejos espirituales que impartía a tono con la severidad de la enfermedad en donde adquiriría tintes sacerdotales cuando se enfrentaba a sombríos pronósticos. Antes de pasar el dintel del aposento en calidad de médico, el Dr. Hernández ya había infundido hacia el lecho del enfermo, como bálsamo de alivio, el hálito moral de la virtud. Hacía gala de sus palabras para llevar paz, y mitigar y consolar el doliente, prodigando las

15 Cf. *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 14.

mismas atenciones para el alto personaje o para el más humilde de los pobres¹⁶. No dejaba el lecho del moribundo sin asegurarse de que se le administraran los sacramentos, y, con su oración e invocaciones, los preparaba para la contemplación definitiva del rostro de Dios.¹⁷

Cobraba cinco bolívars por su consulta; tarifa que para la época era relativamente alta, considerando que un salario promedio oscilaba los 25 bolívars mensuales. Sin embargo, en la entrada de la habitación donde hacía la consulta, tenía una bandeja que él llamaba *el cepillo de los pobres* para que los pacientes, una vez vistos, depositaran allí el costo de la consulta, siempre y cuando pudieran pagar. Incluso, si alguno necesitaba dinero para comprar las medicinas que él había prescrito, podía tomarlo de allí, sin que nadie se enterara.¹⁸

Cuando algún paciente no podía acudir a su consulta, él mismo se trasladaba a su casa, y lo hacía normalmente a pie. Siempre en el bolsillo de su chaleco cargaba algún dinero que daba a sus pacientes más necesitados o dejaba discretamente junto al lecho del enfermo para cubrir el costo del medicamento prescrito.

Su caridad no tenía límites. Yáber narra un episodio testimoniado por la señora que lo atendía y que le había alquilado el cuarto donde vivía y pasaba consulta, la Sra. Matilde:

Un día doña Matilde se acercó a decirle algo que le molestó mucho: ¡Siendo, como es usted, el médico del presidente de la República, no debería seguir recetando a esos pobres! ¡Dese su puesto, su categoría! Hernández, muy disgustado, le contestó: Matilde, yo nunca voy a cambiar. Mis pobres siempre serán los primeros para mí. Nunca los abandonaré. ¡Ellos significan para mí algo muy grande!¹⁹

16 Cf. Medina, *José Gregorio Hernández hombre de ciencia, hombre de fe*, 80.

17 Cf. *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 15.

18 Cf. Medina, *José Gregorio Hernández hombre de ciencia, hombre de fe*, 80-81.

19 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 73-74.

Su compasión era inmensa, su total desinterés fue objeto de veneración, cariño y gratitud popular, tanto es así que, al pasar por las calles de Caracas, los ciudadanos lo señalaban como el *médico de los pobres*.

Con el pasar de los años, el Dr. Hernández desarrolló un inmenso apostolado cristiano, el amor que manifestaba por el prójimo era el reflejo de su amor y relación con Dios. Su vida interior era la fuente de su caridad, de allí surgía esa inspiración y esa energía vital para superar tantas dificultades encontradas en el ejercicio de su profesión.

Siendo que la cosmovisión del Dr. Razetti era diametralmente opuesta a la del Dr. Hernández, sin embargo, resulta interesante el modo cómo se expresaba de su amigo: “José Gregorio es un médico profesional al estilo antiguo; para él la medicina es un sacerdocio del dolor humano. Siempre tiene una sonrisa benévola para la envidia y una gran tolerancia para el error ajeno. Fundó su reputación sobre la pericia, la ciencia, la honradez y la abnegación”.²⁰

1.3.4. Científico de la verdad

El Dr. José Gregorio Hernández fue un hombre de ciencia, pero también un decidido hombre de fe. Fue un vigoroso defensor de la Iglesia en todos los ámbitos, principalmente en el ambiente universitario, que en aquella época era extremadamente hostil a la fe católica con sus dogmas y postulados, ya que el ambiente estaba cargado de las ideas positivistas y materialistas. Contraponerse a la corriente positivista era exhibirse como un retrógrado digno de compasión. Se consideraba un contrasentido que un intelectual hiciera profesión de la fe cristiana.

20 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 75.

Con todo, el Dr. Hernández se las ingeniaba para transmitir los principios de la fe católica a sus alumnos. Cada vez que daba una explicación de anatomía y fisiología humana concluía siempre haciendo una reflexión a sus alumnos sobre las maravillas del organismo humano, considerándolo como la obra más perfecta de Dios.²¹

A pesar de que sus ideas eran antagónicas, la relación entre el Dr. Razetti y el Dr. Hernández era de mucho respeto y tolerancia. Cuando Razetti emprendió una de sus campañas a favor de los postulados de la escuela positivista, un personaje con mucha malicia trató de enfrentarlos, pero el Dr. Hernández con sabiduría y con espíritu conciliador le advirtió: “Yo creo en la religión; Razetti en la ciencia, la cual practica como buen cristiano”²².

1.4. Aspiraciones profundas del hombre de ciencia

El crecimiento interior fue de tal espesor en su vida que cuando se encontraba en el culmen del éxito profesional, al cual aspira toda persona, sintió la voz de Dios que lo interpelaba y le pedía algo más. Entró en un período de discernimiento porque sentía que debía dejarlo todo para seguir una vida contemplativa, *apartado del mundo*, por eso, acompañado por su director espiritual, emprendió el camino de la vida religiosa como cartujo.

Pero Dios tenía otros planes para él, porque, aunque lo intentó tres veces, no pudo realizar ese ambicioso reorientamiento de su *proyecto de vida*. Finalmente, aceptó con resignación y con humildad que Dios lo quería sirviéndole en los pobres, y así lo hizo.

21 Cf. *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 13.

22 M. Sotelo de Gómez y A. Bolívar, *El Doctor José Gregorio Hernández es nuestro* (Caracas: Publicación independiente, 2019), 59.

Con la llegada a Caracas comprendió definitivamente que su misión era servir a Dios por medio del ejercicio de la medicina, enseñando la verdad y la ciencia, sanando al enfermo y ayudando a los pobres no sólo a recuperar la salud integral, sino a tener experiencia del amor de Dios a través de su persona. El bien que hacía cada día, llevando a cabo sus deberes profesionales, valía tanto como la más elevada oración que habría podido realizar permaneciendo *retirado del mundo*, en la cartuja.

Monseñor Castro también le volvió a animar para que retomara su labor de profesor y médico: “Ponga su vocación en el platillo de la balanza, y deposite en el otro platillo las necesidades de Venezuela urgida hoy más que nunca de hombres ejemplares como usted. A donde el fiel se incline, vea la voluntad de Dios”.²³

A pesar de su edad y de su frágil salud, se sentía joven y con deseos de luchar. Conversando con su hermana Isolina, le decía: “Por lo visto, mi hermana, tendré que seguir trabajando como médico y junto a mis pobres. Isolina, el Dr. Gilbert me aseguró que podría recuperar mi salud. Si me pongo bien, desearía viajar a los Estados Unidos, para completar algunos estudios sobre embriología”.²⁴ En adelante, recuperó la salud y vivió especialmente dedicado a su docencia y al ejercicio cabal de su profesión de médico.

En 1917, decide emprender su viaje a Nueva York y Madrid para actualizar sus conocimientos, realizando estudios sobre embriología e histología, y poder así finalizar una obra que estaba escribiendo sobre embriología. Después de 10 meses regresa para continuar con su rutina cotidiana.

23 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 92.

24 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 89.

En 1918, cuando apareció la mal llamada *gripe española*, colocó toda su persona en la lucha contra esa terrible enfermedad. Fue la única vez que aceptó utilizar un automóvil para hacer más efectiva la visita a los enfermos que imploraban su asistencia, cosa que logró hacer de manera heroica.

1.5. El culmen de una vida entregada a la ciencia e iluminada por la fe

Presentía su muerte y la deseaba para así poder anticipar la unión íntima con Dios en la visión beatífica, con el Dios con el que había experimentado tanta atracción y dulzura en las prolongadas horas dedicadas a la oración. El 18 de marzo de 1918, retornando del cementerio después del funeral de su hermano Pedro Luis, el Dr. Hernández dijo a sus hermanos: “Esta vez le tocó a Pedro Luis, el año próximo me tocará a mí”.²⁵

Había ofrecido su vida por la paz del mundo y estaba particularmente feliz por su ofrecimiento. Relatan algunos biógrafos que el día de su trágica muerte, el domingo 29 de junio de 1919, fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo, un amigo se encontró con él, y viéndole muy contento le preguntó el motivo de su alegría, a lo que el Dr. Hernández le contestó: “¿Cómo no estar contento? ¡Se ha firmado el tratado de paz!”. Después agregó: “Te confieso algo: ¡He ofrecido mi vida en holocausto a Dios por la paz del mundo!”²⁶

Aquel día, el Dr. Hernández cumplía treinta y un años de graduado, se levantó muy temprano y se dirigió a la iglesia de La Pastora, para oír la santa misa de rodillas, como era su costumbre, y recibir la comunión. Luego hizo la visita a algunos enfermos y regresó a su casa para tomar un frugal desayuno. Después, continuó con sus visitas a los enfermos.

25 Cf. *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 24.

26 Cf. *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 24.

Cuando llegó el mediodía, antes de ir a almorzar, se dispuso a visitar el Santísimo, costumbre que realizaba religiosamente todos los días en la Iglesia de San Mauricio, hoy llamada Iglesia de Santa Capilla. Cerca de las 2 de la tarde lo vienen a buscar para atender a un niño²⁷ que se encontraba grave. Se dispuso presuroso a socorrer al enfermo. Lo examinó, hizo el diagnóstico y cuando se disponía a escribir la receta, se percató de que en aquella casa la pobreza era extrema; entonces, decidió él mismo pasar por la farmacia para adquirir las medicinas que ameritaba el niño.

Saliendo de la farmacia, que se encontraba cerca, sobrepasando la línea del tren que estaba estacionado, no se percató de que estaba pasando un carro a velocidad moderada que lo embistió y lo hizo caer, golpeando la cabeza con el filo de la acera, fracturándole así el cráneo. Las últimas palabras que logró decir antes de morir fueron: “Virgen Santísima”. El conductor del carro reconoció inmediatamente al Dr. Hernández, porque era el médico que había curado a su hijo de una grave enfermedad.²⁸ Tenía aún las medicinas en su mano derecha cuando lo cargaron y lo llevaron al hospital Vargas, donde se llamó al Dr. Razetti para que lo atendiera, quien no pudo hacer nada, porque ya estaba muerto.

La infausta noticia se propagó rápidamente por toda la ciudad de Caracas, causando la más gigantesca conmoción y consternación vista hasta ese entonces, el ambiente se sumergió en una grande melancolía.

Según Yáber, el ambiente de la ciudad era verdaderamente insólito. Aquel hombre, que era toda humildad y que huía de toda manifestación de honor o reconocimiento a sus trabajos o a sus méritos, recibió el homenaje de admiración y de reconocimiento del gobierno, del clero,

27 Algunos biógrafos dicen que era una anciana, nosotros asumimos la versión de los expertos que trabajaron la *Positio*, pero, en realidad, lo importante es resaltar que había alguien que estaba enfermo y requería de sus servicios médicos, algo que no postergó, sino que fue inmediatamente.

28 Cf. *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 25.

de la prensa, de las academias, de los estudiantes, del comercio, de la sociedad. El pueblo entero se movilizó espontáneamente, sin que fueran necesarios los acuerdos de duelo que no se hicieron esperar. Según testigos, se estaba produciendo la manifestación más imponente que la República haya rendido a hombre alguno, y que representó al blando y silencioso prestigio del saber, de la virtud y de la caridad.²⁹

Al salir en dirección al Cementerio del Sur, el pueblo se abalanzó sobre el féretro y lo reclamó como suyo: “El Dr. Hernández también es nuestro”, y llevando por turnos, de hombro en hombro, el féretro de aquel hombre que tanto había amado a su pueblo se llegó al cementerio, bien entrada la noche.

Todos expresaban su profundo dolor. Y todos gritaban en silencio sagrado la gran admiración por sus virtudes. Entre ellos destacaba el distinguido educador, escritor y político Rómulo Gallegos, que confesó: “No era un muerto a quien se llevaba a enterrar; era un ideal humano que pasaba en triunfo, electrizándonos los corazones. Puedo asegurar que en pos del féretro del Dr. José Gregorio Hernández, todos experimentábamos el deseo de ser buenos”.³⁰

En el cementerio, pronunciaron sentidas palabras varias personalidades, entre ellas merecen especial atención las del Dr. Pedro Delgado Acosta y las del Dr. Luis Razetti. El Dr. Acosta expresó:

Sabio y caritativo, su actuación como profesional era eficaz y solícita y aparecía oportuna en donde quiera que se le necesitaba. Y quien así vivió, señores, repartiendo ciencia y socorriendo necesidades, es el mismo que nos congrega hoy aquí, para rendirle lo que en vida su modestia no nos permitió; esta demostración de apoteosis a todas sus meritísimas virtudes, este tributo de lágrimas y flores, esta manifestación con que queremos expresar

29 Cf. Yáber, *José Gregorio Hernández*, 121.

30 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 122.

que vivió, y seguirá viviendo en el corazón de toda Venezuela, este ilustre desaparecido que se llamó José Gregorio Hernández, sabio y santo.³¹

Algunos fragmentos del largo y emotivo discurso del Dr. Luis Razetti:

Treinta y un años consagrados al perfeccionamiento del espíritu por el estudio de innumerables principios de la ciencia, y la meditación sobre los aún indescifrables misterios de la vida y de la muerte; treinta y un años consagrados a la práctica del bien bajo las dos más hermosas formas de caridad: derramar luz desde la cátedra de la enseñanza y llevar al lecho del enfermo junto en lenitivo del dolor, el consuelo de la esperanza (...) El candor y la fe fueron las dos grandes fuerzas que le conquistaron la más amplia independencia espiritual, el más extenso dominio de sí mismo y la poderosa energía moral de su gran carácter (...) Fue médico científico al estilo moderno: investigador penetrante en el laboratorio y clínico experto en la cabecera del enfermo; sabía manejar el microscopio y la probeta, pero también sabía dominar la muerte y vencerla. Fue médico profesional al estilo antiguo, creía que la medicina era un sacerdocio, el sacerdocio del dolor humano y siempre tuvo una sonrisa desdeñosa para la envidia y una caritativa tolerancia para el error humano. Fundó su reputación sobre el incommovible pedestal de su ciencia, de su pericia, de su honradez y de su infinita abnegación. Por eso su prestigio social no tuvo límites y su muerte es una catástrofe para la patria.³²

2. Claves dinámicas para entender la armonía de vida del Dr. José Gregorio Hernández

La armonía de vida del Dr. José Gregorio fue posible gracias a su apertura y respuesta al amor de Dios y a la acción de su Espíritu Santo que lo fue iluminando, guiando y transformando en un hombre nuevo,

31 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 123.

32 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 124.

al modo de Jesús de Nazaret. Respondió al amor de Dios en Jesucristo, el cual lo fue configurando y transformando en un hombre equilibrado, generoso, conciliador y dispuesto a hacer lo que fuera con tal de agradar a su Señor. Sabía que era vulnerable y pecador, pero confiaba en la misericordia y en la gracia de Jesucristo para poder realizar la voluntad del Padre en su persona. De convicciones firmes, no escatimó ni dudó en defender a la Iglesia porque estaba convencido de su autoridad en cuanto a Cuerpo Místico de Cristo. La intención de sus escritos era la de iluminar la verdad de Dios que da sentido a la vida y conduce al ser humano por la senda de la felicidad.

2.1. Jesucristo: centro integrador de su vida

Una de las claves para comprender la espléndida armonía entre fe y razón en la experiencia de vida del Dr. José Gregorio Hernández fue el hecho fundamental de haber tenido una relación personal, íntima y profunda con Jesucristo, a quien encontraba en las Sagradas Escrituras, en los sacramentos, en la oración, en el discernimiento y, de manera especial, en los enfermos y en los pobres.

Desde sus primeros años de vida, con las enseñanzas que recibió en el hogar, especialmente de su madre, José Gregorio aprendió y asumió el santo temor de Dios y el amor por Jesucristo a quien comenzará a experimentar presente y vivo en la Iglesia, en el prójimo, especialmente en el pobre y necesitado, porque así se lo había enseñado su madre y él mismo lo irá experimentando en el transcurso de su vida.

San Pablo exhorta: “tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (*Fil 2,5*); esto es precisamente lo que hizo José Gregorio en la medida que fue respondiendo afirmativamente al amor de Dios en la persona de Cristo. Su respuesta afirmativa a ese amor lo fue transformando y configurando a imagen del Hijo, a tal punto de poder identificar en sus gestos, palabras y acciones las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

En el evangelio de San Juan, Jesús dice: “Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece en la vid, tampoco ustedes, si no permanecen en mí” (Jn 15,4). Cuando el hombre permanece en la Palabra, la Palabra misma habita en él y su actuar recibe energía de la Palabra de vida: es la misma savia la que circula en la vid y en los sarmientos. Pero el sarmiento es el que da fruto. Ese fruto que es el conocimiento de la Palabra y la manifestación de su inagotable y cotidiana fecundidad.³³ Esta apertura e intimidad con la Palabra la tuvo el Dr. Hernández, quien logró una vida integral, auténtica y densa en humanidad, logrando dar muchos frutos de vida que se manifestaron en sus quehaceres como científico, docente y profesional de la medicina.

Jesucristo, la Palabra hecha carne, es el modelo a quien imitó, el referente a quien recurrió a la hora de tomar decisiones y de actuar, el amado con el cual se relacionó, le ayudó a fortalecer su voluntad, a ser firme en sus respuestas y actuaciones, a vencer los miedos, a ser constante en su actuar y fuerte en los momentos de debilidad y de dolor, a ser firme para defender su pensamiento y sus principios, en fin, a ser una persona buena y llena de virtudes que hasta los más ateos e agnósticos de su tiempo reconocieron.

2.1.1. La experiencia de Jesucristo vivida en la escucha de su Palabra

La mayoría de los biógrafos dan testimonio de que el Dr. Hernández era un asiduo lector, no sólo de libros de ciencias empíricas, sino, sobre todo, de libros edificantes, de tinte espiritual. En su obra filosófica se puede captar un gran dominio de autores cristianos como san Agustín, santo Tomás, entre otros. Pasaba largas horas nocturnas leyendo las Sagradas Escrituras y otros libros como la *Imitación de Cristo*, de Kempis.

33 Cf. A. Cencini, *Amarás al señor tu Dios. Psicología del encuentro con Dios* (Salamanca: Sígume, 2021), 184.

Tal fue el nivel de conocimiento de las Sagradas Escrituras y de la teología que una vez un sacerdote de apellido Colmenares le pidió el favor, por dos años consecutivos, de redactarle los sermones de las principales celebraciones de la Semana Santa, a lo que consintió y realizó con todo gusto y responsabilidad. Después de la prédica, el sacerdote recibió los elogios del pueblo de Dios, y nadie imaginaba que hubieran sido escritos por el Dr. Hernández.³⁴

2.1.2. Una fe celebrada en los Sacramentos

Luego de haber recibido la formación cristiana en su hogar, en donde se le administraron los sacramentos de iniciación cristiana, bautismo, confirmación, reconciliación y comunión, José Gregorio continuó, con mayor autonomía, su proceso de crecimiento en la fe. Ya a temprana edad demostró tener bastante claro el camino que quería recorrer: alcanzar la perfección cristiana. Poco a poco irá corroborando y confirmando que el eje transversal de todo proyecto humano debería ser la santidad. Entendió que para lograr esa santidad tendría que vivir una vida sacramental profunda.

A los 12 años compuso un pequeño texto que contenía varias hermosas oraciones que demuestran su profundidad espiritual y el grado de consciencia que tenía acerca de la importancia de los sacramentos para la vida del cristiano, especialmente de la Eucaristía. Ante la necesidad de la comunión espiritual decía:

(...) suplico por vuestro amable corazón comuniquéis a mi alma en esta espiritual comunión los afectos de vuestra real presencia y concediéndome una hambre dichosa y eficaces deseos con que viva siempre hambriento y deseoso de recibirlos, dándome las llamas de vuestro fuego para que, con mi alma abrasada, con mi corazón ardiente y con mi pecho encendido, me llegue con pureza a recibirlos sacramentalmente. Amén.³⁵

34 Cf. Duplá y Capriles, *Se llamaba José Gregorio Hernández*, 103-104.

35 J. G. Hernández, *Modo Breve y fácil para oír misa con devoción*.

En la medida en que fueron transcurriendo los años fue dándole mayor importancia a su vida sacramental: asistía a misa diaria y realizaba una visita al Santísimo; era constante con el sacramento de la reconciliación y recurría regularmente a su director espiritual. Tanto era el valor que le daba a los sacramentos que su asistencia a los enfermos no la hacía solamente desde la dimensión corpórea, sino que se preocupaba por la sanación y salvación integral del enfermo, por eso cuando lo creía conveniente, y con el consentimiento de los familiares, solicitaba el sacramento de la unción para ser administrada al enfermo.

2.1.3. El sacramento de la reconciliación

José Gregorio, desde su iniciación cristiana fue constante en la frecuencia al sacramento de la misericordia y del perdón. Se sentía pecador, a pesar de que, ya a temprana edad, manifestaba excelentes dotes y valores humanos y cristianos, y manifestaba un odio explícito al pecado y solía decir que era preferible morir antes que ofender a Dios.³⁶ Se consideraba el más pecador de todos y recurría al sacramento de la reconciliación con su confesor y director espiritual, el P. Juan Bautista Castro, quien en el futuro sería el arzobispo de Caracas.

Tenía una confianza absoluta en la misericordia de Dios. El Dr. Carvallo testimonió: “Solía decir: “Aunque yo sea un triste pecador, tengo una firme convicción de mi salvación, por los méritos del Señor Jesucristo”, agregando que, todas las buenas obras se deben hacer por Dios y no por motivos humanos”.³⁷

En su obra *Los Maitines* expresa: “¿Quién podrá comprender lo que es el pecado? Límpiame de las culpas escondidas y de las ajenas (...) ¡Señor, mi favorecedor y mi redentor!”.³⁸ No sólo experimentaba la misericordia de Dios, sino que la vivía y la llevaba a otras personas, sobre

36 Cf. *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 67.

37 *Summarium*, en *Positio super virtutibus*, 56.

38 Hernández, *Obras completas*, 1101.

todo a los sufrientes, a los enfermos, a los pobres y a los pecadores. Era consciente de que, si Dios era misericordioso con él, él debía ser misericordioso con el prójimo.

2.1.4. La Eucaristía diaria como fundamento de su vida espiritual

Un hecho testimoniado por la mayoría de sus biógrafos fue su constancia en la asistencia diaria a la misa de las 5:30 de la madrugada, en la Iglesia vecina a su residencia en donde permanecía orando hasta las 7:00 de la mañana.

También era constante en la adoración diaria al Santísimo Sacramento, a quien visitaba todos los días al mediodía, y mostraba la mayor reverencia. Su actitud ante el tabernáculo era edificante, porque se recogía en oración profunda y manifestaba una reverencia como aquel que sabe que se encuentra ante el Señor de toda la creación, el autor de la vida. En su obra *Los Maitines* expresa: “Sobre el ara, el Cristo abre los brazos a la humanidad redimida como promesa inviolable de definitivo perdón”.³⁹

Todos los testimonios afirman que los actos de su piedad y de su celo estarían inspirados en su profunda fe, su deseo de honrar a Dios y en el deseo íntimo de adorar y agradecer a Dios.⁴⁰

La Eucaristía fue el centro configurador y propulsor de la jornada diaria y de toda la vida del Dr. Hernández: lo alimentaba, le daba fuerzas, le iluminaba el pensamiento para lograr la armonía entre fe y razón; lo inspiraba a realizar las obras de amor con el prójimo, y lo llenaba de esperanza para el encuentro definitivo con el Señor.

39 Hernández, *Obras completas*, 1100.

40 Cf. *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 59.

En este sentido escatológico es interesante presentar una corta oración que redactó el Dr. José Gregorio en el contexto de un certamen de pensamientos en torno a la Eucaristía que promovió el diario *La Religión* en junio de 1915, donde se puede apreciar la gran devoción, el gran amor y su anhelo de llegar a la meta, la plenitud del amor en Cristo: “¡Oh adorable Hostia! Creo y confieso que tú eres real y verdaderamente el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y te pido que me des prontamente una santa muerte”.⁴¹ Su experiencia espiritual era tan profunda, que manifestaba, sin ningún tipo de reserva, su mayor anhelo: alcanzar la plenitud de la vida en Cristo, la vida eterna.

2.2. Armonía encontrada en la oración

Ya sea por la educación recibida en casa o por sus cualidades innatas, José Gregorio tenía una facilidad natural para entrar en diálogo con Dios en la oración, se “recogía” con facilidad, quizás porque desde pequeño aprendió a cultivar una vida interior profunda.

Todas las noches, según lo dispuesto en varios textos, se encerraba en su habitación y su hermana encontraba todas las mañanas la lámpara de aceite vacía, que había preparado la tarde con atenta solicitud: señal de que dedicaba algunas horas de la noche a oración y estudio.⁴² Esa facilidad natural para entrar en sintonía con Dios en la oración, él mismo la reconoció en una carta escrita a su amigo, Santos Dominici, el 4 de febrero de 1889, en donde le decía: “Cuando sonó el primer segundo del año yo estaba solo en un mecedor en uno de los salones, y, como de costumbre, mi pensamiento se convirtió en oración en ese momento: de más me parece decirte qué pediría, porque tú lo sabes mejor que yo mismo”.⁴³

41 Sotelo de Gómez y Bolívar, *El Doctor José Gregorio Hernández es nuestro*, 97.

42 Cf. *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 58.

43 Hernández, *Obras completas*, 1152.

Y en carta al mismo Dominici, pero escrita el 7 de octubre de 1912, en donde le cuenta algunos detalles de su corta experiencia en la Cartuja, expresa su tendencia a la vida contemplativa: “Formé entonces el proyecto de entrar en la Cartuja, que de todas las Órdenes religiosas era la que me parecía más adecuada a mi espíritu, un tanto contemplativo y amigo de la soledad”.⁴⁴

El que ama busca estar con el amado, pensarle, hablarle, comunicarse con él. Por eso, no desaprovechaba el tiempo, y cuando podía entraba rápidamente en sintonía con Dios, motivo y la razón principal de todo su pensamiento, sentimiento y actuación. A medida que pasaba el tiempo sentía más necesidad de orar y contemplar el misterio de Dios, dejándose amar en el fuego del amor de Dios, a tal punto de sentir en su corazón el deseo y la llamada a la vida contemplativa como religioso cartujo.

Ese deseo, ese ardor por la oración contemplativa y la paz que le provocaba lo describió en su obra *Los Maitines*, en la que narra su corta experiencia como religioso cartujo, expresando con sensibilidad y hermosura:

La campana interrumpe el profundo silencio del desierto. La densa noche cubre implacablemente el bosque de negra y caliginosa sombra; pero en aquella completa soledad la Cartuja recibe de lo alto una lluvia de serenidad y de paz (...) Largo rato continúa el himno, haciéndose cada vez más instante, como si quisiera convocar y congregar al mundo entero para aquella cándida fiesta de puro amor.⁴⁵

44 Hernández, *Obras completas*, 1196.

45 Hernández, *Obras completas*, 1100.

2.2.1. Una oración llevada a la vida

La oración del Dr. Hernández llegaba a ser contemplativa, pero no perdía de vista la realidad, y trataba de llevarla a la vida, sobre todo con relación al servicio de la caridad con los pobres, sus enfermos y los más vulnerables.

Esta fue la actitud que demostró siempre José Gregorio, ya que se preocupaba por que los demás conocieran el motivo de su felicidad y de su paz interior: Cristo. Por eso trataba de iluminar con argumentos su fe, y esto lo hacía en todas las instancias o ámbitos de su vida: en la cátedra, con sus familiares, con sus colegas, con sus pacientes, etc. Se preocupaba y los encomendaba en la oración para que el Espíritu de Jesús, quien es el que ilumina la verdad, suscitara en ellos esa claridad de mente y disposición interior para entender la verdad de Dios, la verdad de la vida y aceptar que sólo en Cristo el ser humano logra encontrar respuesta a todas sus inquietudes y anhelos más profundos: “Se alegraba de la conversión de los infieles y, cuando lograba obtener la conversión de alguno de sus pacientes, regresaba a su casa radiante y se refería al caso, contento porque el enfermo se había confesado y había recibido los sacramentos, muriendo en la paz del Señor, como él solía expresarse”.⁴⁶

2.3. El discernimiento como camino al encuentro con la Verdad

Ciertamente, José Gregorio eligió ser médico porque su padre se lo había sugerido, siendo que él quería ser abogado, aunque también es cierto que el padre utilizó argumentos sólidos para hacerle ver la significatividad de esa elección. Sin embargo, en la medida que se desarrollaba su vida fue descubriendo que existía un discernimiento aún más importante y esencial que tiene que ver con la integridad de su persona y el proyecto-voluntad de Dios sobre él: la perfección cristiana o santidad.

46 *Summarium*, en *Positio super virtutibus*, 56.

Fue alcanzando cada una de las metas que se había propuesto realizar. Trató de cumplir con sus deberes como ciudadano, como profesional y cristiano. Fue buen estudiante, buen médico, buen profesor. Con todo, sentía en su corazón que Dios le estaba pidiendo algo más, por eso decidió *dejarlo todo* e iniciar una experiencia como religioso cartujo. Para él no sólo era importante la autorrealización: se preguntaba por lo realmente esencial, por el sentido de la vida, por la razón de la existencia del hombre, en fin, por la verdad que da sentido a todo. José Gregorio descubrió esa verdad en Cristo, alfa y omega, principio y fin de toda la creación. Jesucristo se convirtió en la *norma* de su vida: toda la realidad tenía sentido en Él, por eso estudiaba, investigaba, oraba, ayunaba y buscaba agradarlo en todo, sobre todo en el servicio y la caridad para con los pobres, quienes son los preferidos de Dios.

Así como confió en su padre cuando era un adolescente, también supo ponerse en las manos de excelentes personas que hicieron las veces de sus directores espirituales, como monseñor Juan Bautista Castro, arzobispo de Caracas, y el director de la Cartuja. Con esto demostró no sólo humildad, sino recta intención de querer hacer siempre la voluntad de Dios.

El Dr. Toledo⁴⁷ declaró que cuando el Dr. Hernández estaba en el Seminario de Caracas “Monseñor Castro supo convencerlo de que su puesto era en el mundo y obediente a la voluntad de su superior consintió inmediatamente”.⁴⁸

Finalmente, entendió que Dios lo quería santo en lo que estaba haciendo, siendo excelente médico, profesor y científico, pero, sobre todo, siendo excelente ser humano en cuanto a su servicio y donación

47 Dr. Henríquez Toledo Trujillo, médico cirujano, fue alumno del Dr. José Gregorio Hernández en 1904. Fue uno de los varios alumnos que se organizaron para hablar con Mons. Castro y pedirle que convenciera al Dr. Hernández de que dejara el seminario para que se reincorporara a la excelente labor que venía desempeñando como docente en la Universidad Central de Venezuela.

48 *Summarium*, en *Positio super virtutibus*, 287.

a la gente, especialmente a los pobres, a los enfermos, a los necesitados, convirtiéndose así, en el *médico de los pobres*, título que el mismo pueblo venezolano le otorgó espontáneamente.

2.4. Lo esencial de la vida descubierto en el servicio a los pobres

A medida que pasaba el tiempo, José Gregorio fue profundizando su relación con Dios, a quien descubría en la contemplación de la creación, en la oración personal o comunitaria, en los sacramentos, principalmente en la Eucaristía; sin embargo, sus delicias fueron encontrarse con Cristo en el necesitado, en el pobre. “¿Cuándo, Señor lo hicimos? Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo” (cf. *Mt* 25, 40).

Comprendió que la caridad auténtica es aquella que se manifiesta en el amor al hermano, sobre todo hacia el necesitado, el pobre, el enfermo. San Juan en su primera carta dice: “Hijitos míos, no amemos solamente con la lengua y de palabra, sino con obras y de verdad” (*1Jn* 3,18); esto fue lo que vivió el Dr. Hernández en su vida. Amaba a Dios, lo proclamaba, lo defendía, lo contemplaba en la creación y en la oración, se encontraba con Jesús eucaristía, pero, sobre todo, lo encontraba y lo servía en sus pobres, como solía llamarles, porque verdaderamente los amaba, no como quien hace una limosna, sintiendo lástima, por considerarlos desgraciados o inferiores, sino que los asumía como sus “hermanitos” muy amados a quien tenía que servirles, porque veía su dignidad y reconocía a Cristo en ellos. El P. Mariano Vega da el siguiente testimonio:

Cuando era párroco de Panaquire, envié una señora pobre al hospital Vargas de Caracas, donde trabajaba el Dr. Hernández. Él enterándose del caso la atendió personalmente, la operó y, después de algunos días, la hizo transferir a un hotel cercano a la Catedral, donde le pagó la estadía por 17 días, hasta que mejoró del todo, después le pagó el viaje de regreso a su pueblo. Cuando

la paciente quiso agradecer al Dr. Hernández, éste le dijo que no era a él que debía agradecer sino a Dios y a aquellos que la habían mandado de su pueblo.⁴⁹

2.4.1. El desprendimiento de un reconocido y estimado médico

La opción preferencial por los pobres es plenamente evangélica, porque los pobres representan al hombre en sí mismo, digno de ser amado por lo que es y no por lo que posee; digno de estima por su dignidad intrínseca y no por su prestigio adquirido. El pobre manifiesta la pobreza de todo ser humano, por tanto, remite a cada uno a la experiencia de su propia pobreza. Es el predilecto de Dios. Es llamado bienaventurado junto con el pequeño y el humilde, no porque sea mejor que los otros, sino porque Dios es su defensor.

José Gregorio, pudiendo vivir una vida llena de lujos y comodidades, decidió vivir modestamente, prácticamente con lo necesario para realizar su trabajo diario. Era tal su actitud y atracción por la pobreza evangélica que se hizo terciario franciscano. Su capacidad de desprendimiento de las cosas materiales la demostró en sus intentos por hacerse religioso cuando tuvo que dejar todo e hizo la distribución de sus pocos bienes entre sus familiares, incluso del dinero de su jubilación.

El Dr. Beltrano Perdomo Hurtado testimonió: “Se contentaba con pocas cosas para vivir, las estrictamente necesarias, pero vestía decorosamente. Era desinteresado en materia de dinero: solía distribuir todo lo que ganaba entre sus familiares de escasos recursos económicos y los pobres más necesitados”.⁵⁰

Para él, los recursos materiales eran medios y no fines en sí mismos, y tenía consciencia que usarlos en favor de los más necesitados era una forma de alcanzar bendiciones de Dios. Este gran desapego de las cosas materiales le concedía una gran libertad de espíritu y le generaba

⁴⁹ *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 70.

⁵⁰ *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 87.

paz y armonía en su vida, además, lo hacía más sensible para con los pobres. Al acercarse al pobre para acompañarlo y servirlo, hizo lo que Cristo nos enseñó, al hacerse hermano nuestro, pobre como nosotros. Por eso el servicio a los pobres es la medida privilegiada, aunque no excluyente, del seguimiento de Cristo.⁵¹

Monseñor Pacheco afirmó:

El Siervo de Dios amaba sinceramente a los pobres y los trataba con grande abnegación y desinterés, convirtiéndose en un ejemplo de caridad hacia el prójimo. Solía darles saludables consejos a aquellos que se lo pedían y tenía palabras de consuelo para los enfermos y los ayudaba económicamente. Dedicaba la máxima atención a los enfermos graves y exhortaba a la familia a llamar al sacerdote para que le administraran los sacramentos.⁵²

Nunca dudó de la dignidad de la persona humana, más allá de su condición social. Asumió a los pobres a tal punto de sentirlos parte de su vida, porque los amaba con predilección. Resuenan con fuerza las palabras que dirigió a la Señora que lo atendía en su casa: “Matilde, yo nunca voy a cambiar. Mis pobres siempre serán los primeros para mí. Nunca los abandonaré. ¡Ellos significan para mí algo muy grande!”.⁵³

2.4.2. El doctor, profesor y científico que acepta la cruz como medio de realización personal en Cristo

El Dr. Hernández, decía lo siguiente en su obra *Los Maitines*: “La cruz que se levanta triunfante en medio del cementerio, como símbolo cierto de futura resurrección, toma en medio de aquella inundación de tinieblas gigantes proporciones. Las tumbas de los que un tiempo fueron víctimas voluntarias de amor divino se juntan en fraternal abrazo de unión sin fin”.⁵⁴ En esta expresión también señala a la cruz

51 Cf. *Puebla*, 1145.

52 *Informatio*, en *Positio super virtutibus*, 71.

53 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 74.

54 Hernández, *Obras completas*, 1099.

como camino seguro de unión divina para aquellos que la *abrazan* voluntariamente. Y este fue el modo como la asumió en su vida. La cruz en él se manifestó en su paciencia, en su donación, en su obediencia, en su humildad y en la solidaridad con los pobres.

El papa Benedicto XVI explica que, “ofrecer” las pequeñas dificultades cotidianas que nos aquejan una y otra vez como punzadas más o menos molestas sirven para darles sentido uniéndolas en el gran com-padecer de Cristo, entrando así a formar parte de algún modo del tesoro de compasión que necesita el género humano. De esta manera, las pequeñas contrariedades diarias podrían encontrar también un sentido y contribuir a fomentar el bien y el amor entre los hombres.⁵⁵

El Dr. Hernández asumió la cruz de Cristo en el modo de vivir la donación de su vida, en su entrega diaria al servicio de su familia, de sus alumnos, de los pobres de su país. Pasaba largas horas en la noche estudiando y orando, todo esto lo hacía por amor a Dios y a su prójimo. Soportaba los defectos de los demás con caridad cristiana. El Dr. Carvallo Hernández afirmó: “Nunca se vio que se dejara llevar por la ira o se le vio perturbado cuando corregía a alguien. Contra el Dr. Hernández nunca se dieron persecuciones propiamente dichas; las críticas que nacieron de la rivalidad de sus colegas, en las que atribuían su virtud a la hipocresía, eran soportadas por él con gran ecuanimidad y no guardaba ningún tipo de resentimiento contra ellos”.⁵⁶

La virtud de la paciencia era evidente en él, ya que no tenía problemas en atender el llamado de sus enfermos a la hora que fuera, aunque estuviera cansado siempre estaba disponible y con el rostro sereno. Su jornada era muy exigente, sin embargo, fue exacto en el cumplimiento del deber, que era entendido por él como una respuesta de amor a Dios y al prójimo. Era su manera de *desgastarse* por amor a Dios y a sus hermanos. Su sobrino testimonia: “Siempre él sacrificó su comodidad

55 Cf. Benedicto XVI, *Spe Salvi*, 40, https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html

56 *Summarium*, en *Positio super virtutibus*, 64.

cuando se trataba de servir a los demás, principalmente los pobres, y esto comportaba en él un grande espíritu de sacrificio, especialmente cuando se solicitaba sus servicios en horas intempestivas”.⁵⁷

A pesar de que podía disponer de vehículos para desplazarse, sin embargo, prefirió siempre andar a pie para realizar su trabajo en la universidad, en los hospitales y en las visitas a sus enfermos. Todo esto lo ofrecía con un espíritu de verdadero sacrificio y ofrenda al Señor, por amor a sus hermanos.

La cruz también se manifestó en su persona, sobre todo en los momentos fuertes de dolor como lo fueron la muerte de su madre, de su padre y de alguno de sus hermanos; la muerte de alguno de sus enfermos, las incomprensiones de mucha gente, la separación voluntaria de su familia cuando se dispuso a realizar la experiencia como religioso con los cartujos, en donde se desprendió de todo: familia, tierra, posesiones, amigos, etc.; y, sobre todo, la frustración de no poder realizar su deseo de hacerse religioso cartujo.

En carta a su hermano César, el 6 de junio de 1908, en el contexto de su partida a Europa para realizar su experiencia como cartujo escribe:

Tú comprendes lo doloroso que es para mí esta separación de mi familia, a quien quiero entrañablemente, y que por esta causa no he tenido valor para decirles adiós de palabra; solamente por obedecer al llamamiento divino he podido dar este paso. (...) Te recomiendo mucho a María Luisa; el tener que dejarla me ha sido el más doloroso de todos los sacrificios que he tenido que hacer; haz de ella mis veces; cóbrale todos los meses mi jubilación, de la cual corresponden a ella treinta pesos quincenales, con lo cual ella puede hacer sus gastos.⁵⁸

57 *Summarium*, en *Positio super virtutibus*, 63.

58 Hernández, *Obras completas*, 1185.

La cruz se manifestó también en la obediencia a sus superiores, al director de la Cartuja y a su director espiritual monseñor Castro, quienes le exhortaron a dejar la idea de hacerse religioso, y esto le causó un dolor profundo, sin embargo, se mantuvo sereno y lo consideró como la voluntad de Dios.

En la carta que escribió a su amigo Dominici en 1912, donde le contaba su experiencia en la Cartuja afirmó: “Es verdad que he tenido que pasar por una crisis terrible que te quiero contar”.⁵⁹ La asumió con humildad. En su primer intento de hacerse religioso cartujo el director le había dicho que se regresara a su país y se preparara mejor, luego le preguntó qué era lo que más le desagradaba, a lo que José Gregorio le contestó: “hacer el ridículo”, y entonces le exhortó a trabajar en la virtud de la humildad. Esta recomendación se la tomó en serio y decidió comenzar a vestir de manera excéntrica, a la moda, muy diferente al modo serio y elegante que él acostumbraba. Lógicamente, esto llamó la atención y algunos comenzaron, no sólo a burlarse, sino a pensar que había “perdido la cabeza”.⁶⁰

Pocos sabían las razones de fondo de su actuar, pero, fuera de eso, siguió siendo el mismo doctor, profesor y científico amable y servicial que todos conocían. Sus sufrimientos y luchas los llevaba muy dentro de sí, pero siempre con la recta intención de hacer la voluntad de Dios, aunque generaran incomprendiones y burlas de la gente. Hizo como Cristo, que se humilló a sí mismo, se anonadó, se rebajó siendo de categoría divina y se hizo uno como nosotros (cf. *Fil* 2, 6-8).

2.4.3. La Virgen de la Sabiduría en la vida del médico José Gregorio

José Gregorio Hernández, desde el momento en que *perdió* a su madre, fue asumiendo a María no sólo como la madre de Jesús, su amigo y Señor, sino también como su propia madre, a quien recurría

⁵⁹ Hernández, *Obras completas*, 1196.

⁶⁰ Este hecho fue uno de los cuatro argumentos que utilizó monseñor Navarro para *frenar* la causa de la beatificación del Dr. Hernández.

todos los días en la oración personal y con el rezo del Ángelus y del santo Rosario. Su sobrino, el Dr. Carvallo Hernández, dio testimonio de la devoción del doctor a la Virgen: “Era devoto en modo especial de la Virgen de las Mercedes y de Nuestra Señora del Rosario, que era la Patrona de su pueblo: recitaba el Rosario todos los días”.⁶¹ Le agradaba invocarla bajo el título de la Virgen de Buen Consejo, quizás porque necesitaba de la Maestra que le orientara y le enseñara la verdadera sabiduría, aquella que sólo puede venir de Dios y sólo la pueden asimilar las almas sencillas y simples. La que es Trono de la Sabiduría le guiaba e iluminaba la razón para poder captar lo más auténtico, profundo y esencial de la realidad humana, y lograr así una perfecta armonía entre la fe y la razón.

La Virgen María para el Dr. Hernández era su Madre, su maestra, su refugio en los momentos de prueba y de dolor. Era consciente de que Jesús no niega nada a su Madre, como lo hizo en la boda de Caná cuando convirtió el agua en vino (Cf. *Jn* 2,9). Porque cuando ella ora, todo se obtiene y nada se niega. La devoción y respeto que tenía el Dr. Hernández por los santos y por la Virgen María queda evidenciada en sus obras literarias, donde frecuentemente hace referencia a ellos. El mismo Dr. Carvallo afirmó:

Le rendía culto a los santos y había escogido como Patrono a San Francisco de Asís, porque este santo brilló por su castidad y por el amor a la pobreza. Se hizo terciario franciscano durante toda su vida. También tuvo especial devoción a Santa Teresa, la cual defendió de los ataques de un tal médico que afirmaba que la santa era una histérica. El Siervo de Dios parangonó científicamente el cuadro característico del histerismo y la maravillosa vida de Santa Teresa.⁶²

61 *Summarium*, en *Positio super virtutibus*, 55.

62 *Summarium*, en *Positio super virtutibus*, 55.

3. Rigor científico y apertura a la dimensión trascendente en la vida de José Gregorio

La fe que recibió de sus padres la fue alimentando con la oración, la vida eclesial y sacramental y su encuentro personal con Cristo en los pobres. Cristo era el valor trascendental por excelencia en su vida. Fue asumiendo de manera constante y progresiva el seguimiento de Cristo en vista a la unión definitiva y plena con Dios. Esa *referencia absoluta* fue cristalizando en su vida con mayor claridad a medida que pasaba el tiempo. Su fe lo llenaba de esperanza para alcanzar su deseo, la unión definitiva en el amor de Dios.

Esta comprensión de la realidad, que siempre ha estado afirmada por la Iglesia, la creía y vivía el Dr. José Gregorio Hernández, quien asumió la fe con radicalidad y testimonio con su propia vida al totalmente Otro, el ser infinito, al Creador y fundamento de la realidad. En su obra *Elementos de Filosofía* expresa:

Pero la inteligencia humana ha sido creada para la verdad; por consiguiente, el reinado del error tiene siempre que ser efímero. Pasada la ofuscación producida en los espíritus por los grandes adelantos materiales con los cuales la ciencia experimental ha cambiado la faz del mundo, es de creerse que habrá de producirse muy pronto el triunfo de la sana filosofía, la cual enseña al hombre en verdad a procurarse la civilización material, pero sin olvidar que sus destinos son mayores que los terrenos, y que tiene el deber de dirigir sus aspiraciones también a lo ideal y a lo infinito.⁶³

José Gregorio tenía una concepción holística de la realidad en cuanto que, como científico, no sólo comprendía la dimensión material de la realidad, sino que estaba abierto a la trascendencia y al sentido último de la misma. Para él, todo tenía sentido y fundamento en la persona de Jesucristo.

63 J. G. Hernández, *Elementos de filosofía* (Caracas: El Cojo, 1912), (958).

La historia humana es historia de salvación y la felicidad, que tanto anhela el ser humano, sólo la puede encontrar de manera plena en la persona de Jesús. Este pensamiento lo llevó a volcar todas sus energías en el logro de lo que verdaderamente le interesaba: la santidad. Esto se aprecia no solamente en la globalidad de su vida, sino también en sus escritos, donde manifiesta la admiración profunda que sentía por los santos y por la vida de santidad en sí misma. En su obra *La verdadera Enfermedad de Santa Teresa de Jesús*, expresa: “¡Oh devoción cara y amable para todo corazón fiel, que desea la santidad conforme a los principios inescrutables de Dios! ¡Y cómo amar a san José sin tener inmensa gratitud a la santa que nos enseñó a venerarlo y a poner en él nuestra confianza como el remediador seguro de nuestros males!”.⁶⁴

Más adelante, explicando las exigencias de la vida religiosa dice: “(...) porque la vida religiosa exige en quien la abraza y en ella persevera la más completa abnegación y la renuncia definitiva de todo lo que en la vida es grato y apetecible; en ese género de vida son indispensables todas las virtudes en grado no común en lo general, y para alcanzar la verdadera santidad, la que demanda el honor de los altares, en grado heroico”.⁶⁵

3.1. Desde la ciencia a la experiencia de sentirse creatura

La cosmovisión del Dr. Hernández, alineada con la doctrina cristiana de la creación, le hacía identificarse y ubicarse dentro de la realidad como una creatura, *hechura* de la mano de Dios, lo cual lo hacía sentir agradecido por el don de la vida recibida gratuitamente. Tenía claridad del origen divino del ser humano, hecho a imagen y semejanza de Dios. Esta manera de ver las cosas lo llevaba a sentirse creatura y, por tanto, siervo agradecido, que debía en conciencia responder a ese amor gratuito del Dios que le había donado la vida. Pero, a la vez, tenía conciencia de su fragilidad y de sus límites. En una carta escrita a su

64 Hernández, *Obras completas*, 1078.

65 Hernández, *Obras completas*, 1080-1081.

hermana Avelina en 1914 dice: “No hay ninguna persona en el mundo a quien todas las cosas le resulten bien; siempre hay algunas que se echan a perder, y yo no podía ser la excepción, lo cual me digo para consolarme al verme tuertas todas mis cosas”.⁶⁶

En otra carta escrita a su amigo Santos Dominici, fechada el 7 de octubre de 1912, le explicaba con sinceridad, humildad y crudeza la causa de su *fracaso* en el intento de hacerse religioso cartujo. En el fracaso encontró la fuerza para alabar a Dios:

Pero sucedió lo que era natural le sucediera al que, cegado por la pretensión y apoyado por su vanidad, había emprendido tan alto vuelo. Carecía de muchas de las dotes requeridas en el Instituto. No tenía las suficientes fuerzas físicas para resistir al frío, al ayuno y al trabajo manual, porque has de saber que yo me había ido en un estado de acabamiento tan grande que sólo pesaba noventa y seis libras. No tenía suficiente latín ni las demás ciencias indispensables para la profesión religiosa. ¡Qué caridad tan grande la de aquel Superior General que me soportó nueve meses viéndome tan incapaz! Al fin me dijo estas palabras, que eran una sentencia, pero también una esperanza: “Hijo mío, ya usted ve que no podemos recibirlo; vuélvase a su país y trate de adquirir lo que le falta”.⁶⁷

Pero no sólo entendía el límite de su persona en cuanto a creatura humana, sino que tenía conciencia de la fragilidad y la necesidad de trabajarse para no ceder a los excesos de ciertas inclinaciones naturales. Intentó perfeccionar su persona siguiendo los consejos ascéticos de la época: fue parco y moderado en el comer y dormir, desprendido de las cosas materiales y supo hacer uso de ellas para hacer el bien, sobre todo a sus enfermos y a los pobres.⁶⁸

66 Hernández, *Obras completas*, 1206.

67 Hernández, *Obras completas*, 1196.

68 Cf. *Summarium*, en *Positio super virtutibus*, 58.

La experiencia de finitud y de límite la vivió con las muertes de algunos de sus seres queridos que lo marcaron profundamente, especialmente la de su madre, la de su padre Benigno y la de su hermano Benjamín. En carta fechada a su amigo Santos Dominici el 8 de marzo de 1891 le expresaba: “sintiendo la necesidad de comunicar contigo en estos momentos tan tristes para mí, puesto que hace un año sucedía aquella espantosa desgracia, que todavía me parece estar en los días primeros de duelo, tanto que todavía yo no he tenido el consuelo de volver a encontrarme al lado de mi familia; este es uno de aquellos pesares que sólo el tiempo puede ir mitigando”.⁶⁹

Ante la muerte de su hermano Benjamín, a quien ve morir sin que sus conocimientos y esfuerzos por salvarle la vida hayan servido de nada, se sumerge en la tristeza recriminándose: “¿Qué es lo que hice mal, Dios mío? ¿Por qué mi hermano Benjamín?”.⁷⁰

Como todo ser humano, sufre la separación física de sus seres queridos, pero, a la vez, se van suscitando en él cuestionamientos acerca del sentido de la vida, la fragilidad del ser humano, la fugacidad del bienestar y la caducidad de las cosas. Paradójicamente, las experiencias límite van fortaleciendo su fe y *alimentando* su esperanza y apertura al Dios de la vida.

3.2. Una creatura que necesita ser salvada

Era consciente de la vulnerabilidad del ser humano y también de la grande paciencia de Dios con sus hijos. En carta escrita a su amigo S. Dominici el 4 de febrero de 1889 manifestaba los límites y el desconocimiento que tenía de sí mismo: “¡Ah, antes era yo sobrado orgulloso, cuando creía tener conocimiento exacto de la cantidad de fuerzas que podía disponer! (...) En lo que me creía débil, resultó que

69 Hernández, *Obras completas*, 1169-1170.

70 Duplá y Capriles, *Se llamaba José Gregorio Hernández*, 95.

no lo era tanto, y en aquellas materias en las que me parecía poder dominar me encontré deficiente, y todavía hoy no puedo decir que ya me conozco, porque cada día experimento nuevas sorpresas”.⁷¹

Una de las virtudes que más abiertamente se manifestaron en su vida fue la humildad. Tenía la suficiente humildad para reconocerse creatura de Dios, más aún, hijo de Dios por la gracia de Cristo en su encarnación y también hijo amado y salvado por la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Siempre se sintió pecador y necesitado de la misericordia de Dios. No sólo se sentía pecador, sino que era capaz de reconocer sus errores y pedir perdón a su prójimo. En carta escrita a su hermano César en 1908, en el contexto de su estadía en la Cartuja, le dice: “Les ruego a todos que me dispensen de todo lo que yo les hecho sufrir; y que Nuestro Señor nos dé la dicha de volvernos a ver en el cielo”.⁷²

Se sabe que es una exageración lo que escribe, porque es testimoniado por muchos biógrafos, y hasta por los propios familiares, que el Dr. Hernández fue muy dado al buen trato con sus familiares, a quienes amó, sirvió y ayudó a *salir adelante* en la vida, porque no sólo se preocupaba por el bien económico, sino que los educaba, orientaba y aconsejaba para que siguieran la senda de la vida cristiana y de la vivencia de los valores humanos y cristianos.⁷³

3.3. Hijo de su tiempo, proyectado hacia la eternidad

El Dr. Hernández vivía con los pies sobre la tierra, pero con la mirada puesta en el cielo. Y no es exagerado decirlo, porque en muchas de sus cartas manifiesta ese anhelo por llegar a la Jerusalén celestial. En carta escrita a su amigo Santos Dominici el 7 de octubre de 1912 le decía: “Yo he perdido casi la esperanza de verte a ver en este

71 Hernández, *Obras completas*, 1153.

72 Hernández, *Obras completas*, 1187.

73 Quizás se refería al sufrimiento causado por la separación repentina y sorpresiva de los *suyos*.

mundo. A mi paso por París no tuve el valor de darte el adiós eterno. Tu permanencia en Berlín creo que será larga. Pero si nuestra amistad no la reanudamos en la tierra para eso tenemos el cielo”.⁷⁴

Había logrado crecer tanto en la fe que, contrario al sentido común de la gente que no quiere saber nada de la muerte, ni siquiera nombrarla, él la anhelaba, no porque no amara la vida, sino porque amándola tanto quería ya abrazar al que es el Autor de la vida. En carta escrita a su hermana Avelina en 1914, en el contexto de su enfermedad pulmonar, le decía: “También yo estoy mejorando, y el doctor me dice, creyendo que me da una gran noticia, que de ésta no me habré de morir”.⁷⁵

Reflexionaba sobre la muerte como auténtica madurez de la vida: “Ya verás – escribía en una carta a su amigo S. Dominici, el 2 de octubre de 1917 – la vejez camina a pasos rápidos hacia mí, pero me consuelo pensando que más allá se encuentra la dulce muerte tan deseada”.⁷⁶ Pareciera que, en un determinado momento de su vida, José Gregorio se encontró con la misma disyuntiva de san Pablo: “Porque para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia. Pero si la vida en este cuerpo me permite seguir trabajando fructuosamente, ya no sé qué elegir. Me siento urgido de ambas partes: deseo irme para estar con Cristo, porque es mucho mejor, pero por el bien de ustedes es preferible que permanezca en este cuerpo” (*Fil* 1,21-24).

El Dr. Hernández no vivió alienado, separado del mundo, sino que, mirando el futuro en Dios, vivía el presente con intensidad, amando y donándose en el servicio a sus enfermos, los pobres, sus alumnos, su familia, su país. Trató de aportar su *granito de arena* en la construcción del Reino de Dios desde en el tiempo que le tocó vivir.

74 Hernández, *Obras completas*, 1196.

75 Hernández, *Obras completas*, 1206.

76 Hernández, *Obras completas*, 1231-1232.

4. La dimensión eclesial

La fe del Dr. Hernández estaba ligada a la vida y vivida en comunidad. Se sentía y formaba parte de la comunidad de creyentes, participaba de manera activa en el culto al Dios de la vida y en el apostolado laical. Amaba a su Iglesia, y ese amor lo manifestó no sólo participando como miembro activo y responsable, sino también defendiéndola de los ataques de las ideologías materialistas y ateas de su tiempo.

El Dr. Carvallo afirmó: “El Siervo de Dios, como ya se ha dicho, fue un grande propulsor del apostolado secular en Venezuela para suplir la escasez de sacerdotes, y según mi modo de ver las cosas, fue uno de los precursores de la Acción Católica entre nosotros”.⁷⁷

4.1. Científico y defensor de la doctrina y de la vida de la Iglesia

El Dr. Hernández se sentía orgullosamente miembro de la Iglesia católica, la amaba con todas sus fuerzas, la defendía de manera inteligente, buscando siempre iluminar la verdad. Precisamente, a la *verdad* custodiada y proclamada por la Iglesia católica la defendía acérrimamente con argumentos lógicos. En su obra *Elementos de Filosofía* expresó:

Debe el hombre desarrollar su inteligencia y acostumbrarla a la verdad, dirigiéndola según la ley moral; evitando rigurosamente la ignorancia, la mentira, la hipocresía y los respetos humanos, esforzándose por admitir la verdadera sabiduría. El grande, el imprescindible deber del hombre para con su inteligencia es el de evitar el error. La vida entera debe consagrarla a defenderse de tan incomparable mal, luchando sin descanso para no dejarse invadir por los innumerables sofismas que corren por el mundo.

⁷⁷ *Summarium*, en *Positio super virtutibus*, 90.

El error nunca o casi nunca es un mal limitado y personal, sino que es contagioso y difusible, y por ello capaz de envenenar muchas inteligencias, las cuales se vuelven inútiles para el bien, que sólo puede venir de la verdad.⁷⁸

Sentía gozo cuando veía las manifestaciones de los signos de la fe en el prójimo. En su obra *En un vagón* expresa: “Respiré con satisfacción pensando que, si la compañía no aumentaba, haríamos un viaje bastante agradable y mayor placer experimenté al ver que, en el instante de partir el tren, la señora hizo piadosamente la señal de la cruz”.⁷⁹ Era la alegría de quien se encuentra con sus hermanos de fe, con aquellos que reconocen y manifiestan al Dios de la vida.

José Gregorio anhelaba que Cristo fuera reconocido y adorado en cada corazón humano, porque él era consciente de que Jesucristo es la fuente de la felicidad; y porque él era feliz, quería que sus hermanos y hermanas también lo fueran. En la misma obra, más adelante, escribe:

¿Crees tú, Felipe, que Carlos irá abandonando todas esas malas ideas y que podré verlo volver para siempre a su catecismo, que con tanto desvelo le he enseñado? (...) Yo me quedé con el corazón entristecido al pensar cuántos hay que permanecen definitivamente divorciados del catecismo por carecer de una mano amiga y amante que les haga fácil la vuelta.⁸⁰

En este fragmento se aprecia no sólo su preocupación para que otros conozcan a Cristo, sino también pone en evidencia su pensamiento en cuanto a la importancia que tiene enseñar la catequesis en los primeros años de vida, y del acompañamiento, por parte de una persona amiga, a aquellas personas que han perdido el sentido de la vida de fe.

78 Hernández, *Elementos de filosofía*, (915).

79 Hernández, *Obras completas*, 1094.

80 Hernández, *Obras completas*, 1098.

Se puede decir que José Gregorio tenía el corazón del *buen pastor* en cuanto que trató de conducir al redil a las ovejas (cf. *Jn* 10,16). Las ovejas eran sus familiares, a quienes siempre orientó a vivir una vida cristiana coherente y auténtica, eran sus alumnos a quienes no sólo les enseñaba la ciencia de la medicina, sino también una ciencia mayor, la filosofía cristiana. Enseñaba primeramente con el testimonio de vida y con su pedagogía que incluía un modo de ver la realidad con sentido holístico, tratando de que sus alumnos lograran mirar un poco más allá para encontrar al Trascendente. También eran ovejas todos sus colegas del mundo científico, quienes quedaban edificados por el humanismo que brotaba de su ser integral y por la gallardía con que defendía los postulados y dogmas cristianos. Eran ovejas también sus enfermos y pobres, a quienes, además de la salud corporal, iluminaba para que alcanzaran la salud integral haciéndoles pensar en la importancia de salvar el alma. En fin, entendía que toda persona humana tiene *hambre* de plenitud, que solo puede ser saciada en la persona de Jesucristo, por eso era imperativo actuar y aportar lo que fuera necesario para favorecer una vía de encuentro con la persona de Jesús.

El respeto y la admiración por los santos era tan grande que no se quedaba de *brazos cruzados* cuando alguien se atrevía a *mal poner* la imagen o la reputación de alguno de ellos. Esto lo demostró con el escrito, de estilo apologético, que hizo en defensa de Santa Teresa de Ávila.

Su respeto y veneración por la figura del Papa y por los pastores de Iglesia era evidente. Aunque es justo reconocer que la admiración era recíproca, porque en su calidad de médico sobresaliente y abiertamente católico los representantes del clero de la época también sentían por su persona una grande admiración. Respetaba a los sacerdotes como verdaderos representantes de Cristo en la tierra. Así fue educado, y así lo vivió toda su vida.

4.2. Un laico comprometido con su profesión de médico, protagonista de la evangelización

José Gregorio fue un apóstol en todo el sentido de la palabra, ya que fue un incansable constructor del Reino, sembrando semillas de bien y de amor para su sociedad y para su patria. Cuando desgranaba su alma en caridad al pobre y asistencia al enfermo; cuando prohijaba inteligencias y apadrinaba a los futuros sabios; cuando sorprendía algún secreto en sus investigaciones; cuando en sus escritos transmitía su filosofía cristiana con la intención de iluminar la verdad y transmitir valores; cuando se mostraba fiel cumplidor de las leyes y obediente a los gobiernos constituidos; cuando predicaba la paz; cuando oraba por los magistrados; cuando extremaba la discreción para juzgar a los hombres; cuando merecía por sus hábitos la confianza y estimación de los contemporáneos; cuando perdonaba las ingratitudes; cuando hacía todo eso, estaba haciendo apostolado.⁸¹

Fue hombre contemplativo, pero de acción, de *acción laica*. Comprendió que la verdad y el bien y la comunicación son exigencias fundamentales de todo hombre y captó que es posible llenar esas exigencias con el testimonio, porque ante la verdad vivida a plenitud y con satisfacción no hay inteligencia que se cierre; ante el bien practicado por amor y con amor no hay voluntad que no se decida; es vida altruista: por Dios y por los hombres y no hay ser humano que no se entusiasme.⁸²

El modo de evangelizar del Dr. Hernández era más que con las palabras, era con la propia vida, ya que en ella se veía transparentado Cristo. El solo encuentro con su persona se convertía en una experiencia que hacía pensar en las realidades fundamentales de la existencia humana, entre ellas, la relación con el absolutamente Otro. Más aún, como ya se ha hecho referencia en el apartado anterior, el Dr.

81 Cf. Yáber, *José Gregorio Hernández*, 113.

82 Cf. Yáber, *José Gregorio Hernández*, 113.

Hernández en lo que podía sacaba a relucir su fe, la proclamaba sin respeto humano, la proponía y la defendía como el único camino para alcanzar la vida plena, la salvación.

4.3. Un laico promotor de la paz y de la justicia social

El Dr. Hernández, a pesar de las duras situaciones que tuvo que enfrentar, las incomprensiones y las calumnias que recibió, nunca perdió la paz interior, porque su vida había sido construida sobre el fundamento sólido de la persona de Jesucristo, quien es la fuente de la paz, que nada ni nadie le podían arrebatarse. Basta recordar las hermosas palabras que dice en el prólogo de su obra filosófica, donde revela el *estado* de su alma y la causa: “Mas si alguno opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, antes que, a la filosofía, la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido, y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir: Le responderé que todo es uno”.⁸³

El Dr. Hernández manifestaba interés y preocupación por el problema social, ya que leía las encíclicas papales que hacían referencia al tema, que en ese tiempo estaban en pleno apogeo. Comentaba lo leído con sus amigos políticos y con los profesores de la universidad, haciéndoles ver cómo la Iglesia se preocupaba por el ser humano y velaba por su dignidad.⁸⁴ Sus opiniones duras y, al mismo tiempo, ponderadas, se hicieron sentir cuando motivos políticos llevaron al gobierno a cerrar la universidad. No le gustaba la política partidista porque veía que el pragmatismo privaba sobre los ideales del servicio honesto y desinteresado a los ciudadanos. En esa política se utilizaban las *influencias* para escalar posiciones de riquezas y poder, olvidándose del bien común.

83 Hernández, *Elementos de filosofía*, (800).

84 Cf. Yáber, *José Gregorio Hernández*, 111.

Por ello nunca quiso inmiscuirse en asuntos políticos, sin embargo, logró impactar en la sociedad, porque fue un ciudadano cabal que cumplía con sus deberes diarios con exactitud, como docente, como científico y como médico, pero, sobre todo, porque era solidario con los más pobres y vulnerables de la sociedad. Con su modo de actuar estaba aportando su *granito de arena* a la construcción de la paz. Su compromiso fue tal que llegó a ofrecer su vida a Dios para que se alcanzara la paz mundial en el contexto de la Primera Guerra Mundial.

Conclusiones

El Dr. José Gregorio hoy día, con su vida, con sus escritos, nos exhorta a vivir la santidad del día a día, la santidad que se vive en la sencillez y el cumplimiento del deber, reconociendo la dignidad de toda persona y defendiendo los Derechos Humanos a todo nivel. Su vida es un apelo a vivir con transparencia y honestidad la vida para construir sociedades más humanas que estén atentas a las necesidades de los más vulnerables. Es un llamado a luchar por el bien común, tratando de ser lo más justo que se pueda.

En medio de la crisis causada por el Covid19, la vida y el testimonio del Dr. Hernández, a quien le tocó vivir la pandemia provocada por la Gripe Española, se levantan como un modelo del médico que responde con donación y entrega al servicio del prójimo en el enfermo. Médico con sensibilidad humana que sabe mirar al paciente de manera integral y busca generar procesos de vida para que el paciente alcance la salud completa. Médico lleno de valores que sabe ejercer con ética profesional y defiende los valores humanos fundamentales, porque está consciente de que la medicina, cuando se ejerce sin ética, conduce a la senda de la deshumanización, a la senda del caos y de la muerte.

Al Dr. José Gregorio le tocó vivir en un momento histórico difícil, de mucha inestabilidad política, económica y social y, con todo, supo responder a los retos que se le presentaron para aportar su *granito de arena* en la construcción del Reino de Dios, en la construcción de una sociedad de progreso que ofreciera oportunidades para todos los

ciudadanos. Por eso, pensando en la realidad actual venezolana, su figura se levanta como un modelo de laico y de ciudadano que se compromete en la construcción del Reino de Dios, porque ha comprendido que vale la pena luchar por una sociedad mejor, más justa, una sociedad de progreso que favorezca al bien común.

Su figura se alza como una señal de esperanza para todos los venezolanos que están sufriendo los embates de la crisis que azota cada rincón de la nación. Su ejemplo de vida y su testimonio nos dicen que Dios tiene la última palabra y que no existe mal ni enfermedad que pueda separarnos del amor de Dios, y, más temprano que tarde, Venezuela resurgirá de las cenizas por intercesión del Dr. José Gregorio Hernández Cisneros, el *médico de los pobres*.